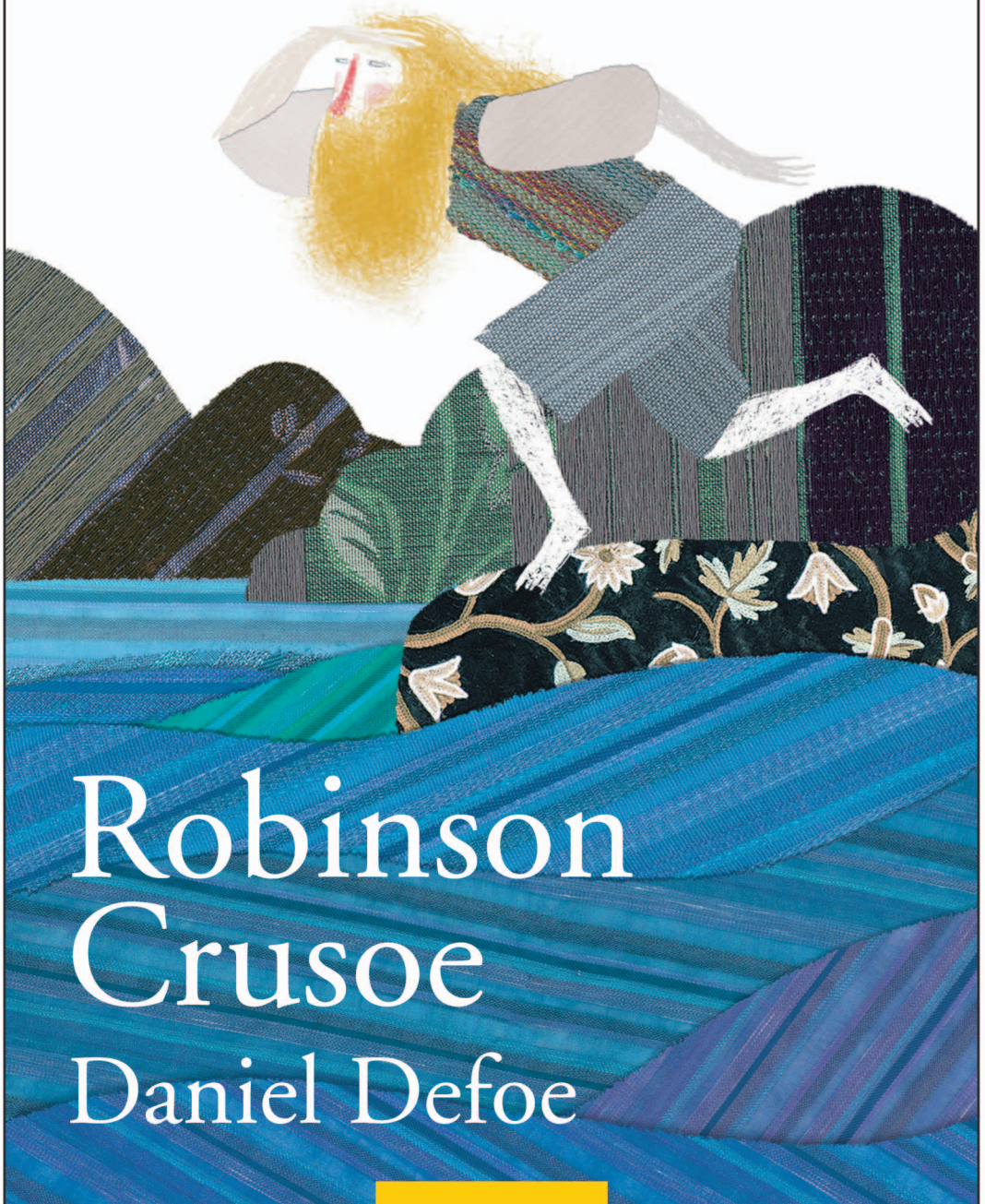
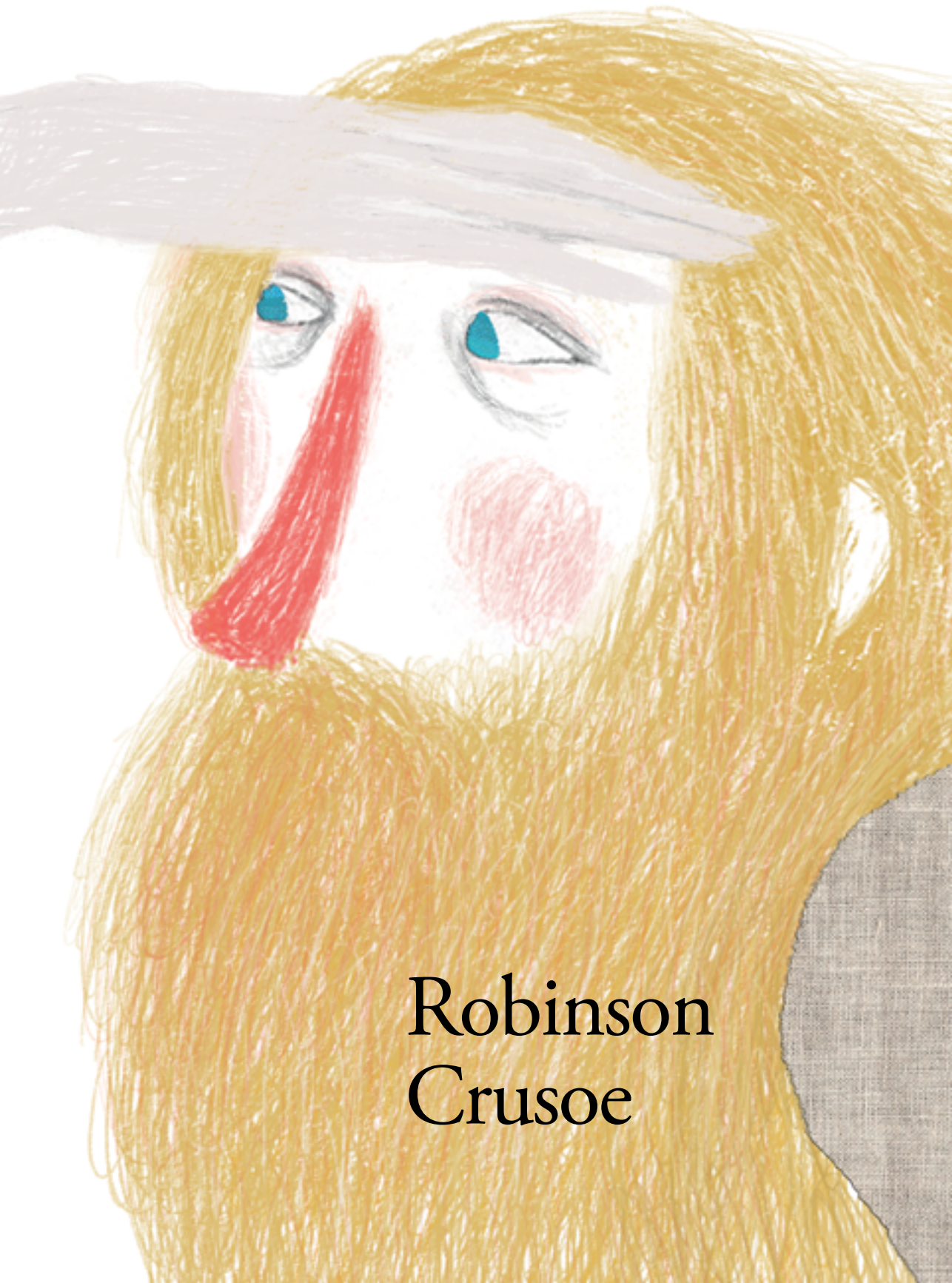


CLÁSICOS
A MEDIDA



Robinson
Crusoe
Daniel Defoe

ANAYA



Robinson
Crusoe

Prefacio



Si alguna vez ha merecido la pena publicar las aventuras por el mundo de un hombre corriente, el editor de este relato considera que este es el caso.

Los hechos asombrosos de la vida de este hombre superan todo lo que ya existe, pues la vida de un solo hombre difícilmente podría ofrecer mayor variedad.

La historia se cuenta con humildad, con seriedad, y con una aplicación religiosa de los acontecimientos a la utilidad a la que los hombres sabios siempre los aplican, es decir, a la enseñanza de los demás con el ejemplo y a justificar y honrar la sabiduría de la Providencia en todas las circunstancias, sean estas las que sean.

El editor considera que se trata de una historia real sin apariencia alguna de ficción en ella. Y como se piense lo que se piense, tanto en el entretenimiento como en la enseñanza, su beneficio será el mismo, el editor piensa, sin más justificaciones, que presta un gran servicio al mundo con esta publicación.

El primer naufragio



Nací en el año de 1632, en la ciudad de York¹, en el seno de una buena familia. Mi padre era un extranjero, procedente de Bremen², que se había establecido en un primer momento en Hull³. Gracias al comercio consiguió una buena posición y se estableció, cuando dejó los negocios, en York, donde se casó con mi madre, perteneciente a una buena familia de ese condado llamada Robinson, motivo por el que a mí me llamaron Robinson Kreutznaer. Pero, debido a la habitual deformación de las palabras en Inglaterra, ahora nos llaman, mejor dicho, nos llamamos nosotros mismos y escribimos nuestro nombre como Crusoe.

Tuve dos hermanos mayores, uno de los cuales fue teniente coronel en un regimiento inglés de infantería, y murió en una

¹ *York*: ciudad situada en el noreste de Inglaterra.

² *Bremen*: ciudad situada en el noroeste de Alemania.

³ *Hull*: ciudad y puerto del norte de Inglaterra.

batalla contra los españoles cerca de Dunkerque. Lo que fue de mi segundo hermano nunca lo supe, de la misma manera que mis padres nunca supieron lo que fue de mí.

Al ser el tercer hijo de la familia y no haber aprendido ningún oficio, mi cabeza empezó muy pronto a llenarse con pensamientos de aventuras. Mi padre, ya anciano, me había proporcionado una aceptable educación y había previsto que estudiara la carrera de leyes; pero a mí no me satisfacía otra cosa que no fuera el mar, y esta inclinación me dirigió tan firmemente en contra de la voluntad y de las órdenes de mi padre y en contra de todos los ruegos y argumentos de mi madre y de otros amigos, que parecía existir un plan inevitable de la naturaleza para conducirme a la vida de desgracias que habría de vivir.

Mi padre, un hombre sabio y prudente, me aconsejó apropiada y juiciosamente en contra de lo que preveía que era mi propósito. Una mañana, me llamó a su habitación y me reprendió con mucho afecto a propósito de este asunto. Me preguntó qué razones tenía yo, más allá de una simple tendencia al vagabundeo, para abandonar la casa de mi padre y mi país, donde podría tener expectativas de conseguir una buena posición, si ponía interés y esfuerzo, y una vida tranquila y placentera. Me dijo que eran los hombres en situación desesperada, por un lado, o los que aspiran a grandes fortunas, por otro, quienes se iban en busca de aventuras al extranjero para alcanzar la fama con hazañas fuera de lo común; que lo mío era la clase media, o lo que podría llamarse el grado superior de la vida sencilla, que según su larga experiencia era el mejor estado del mundo, el más adecuado para la felicidad humana, por no estar expuesto a la miseria, las privaciones y los sufrimientos de los trabajadores manuales, ni estar obstaculizado por el orgullo, el lujo, la ambición y la envidia de la clase alta.

Y para terminar, me puso como ejemplo a mi hermano mayor, con el que había utilizado inútilmente las mismas advertencias para evitar que se fuera a la guerra de los Países Bajos, pues sus impulsos juveniles lo condujeron al ejército, donde lo mataron; y aunque me dijo que no dejaría de rezar por mí, llegó a decirme que, si daba ese mal paso, Dios no me bendeciría y que tendría mucho tiempo libre en el futuro para reflexionar sobre el hecho de no haber seguido su consejo cuando ya nadie pudiera ayudarme. Me di cuenta en esta última parte de sus palabras, que fueron verdaderamente proféticas, aunque supongo que mi padre no lo sabía, que las lágrimas le corrían por el rostro; tanto se conmovió que interrumpió la charla y me dijo que su corazón estaba tan afligido que no podía continuar.

Yo me quedé sinceramente afectado por sus palabras y decidí no volver a pensar en irme al extranjero nunca más, sino quedarme en casa según los deseos de mi padre. Pero, ¡ay!, unos pocos días fueron suficientes para hacer desaparecer estos propósitos; y pocas semanas después decidí alejarme de él. Sin embargo, no actué apresuradamente, pues no fue hasta casi un año después de esto cuando me fugué; mientras tanto, me mantuve sordo a todas las propuestas para sentar la cabeza, discutiendo frecuentemente con mi padre y con mi madre, que estaban firmemente opuestos a lo que sabían que mis inclinaciones me impulsaban.

Pero estando un día en Hull, adonde había ido por casualidad y sin propósito alguno de fuga en esa ocasión, uno de mis compañeros, que se iba a Londres por mar en el barco de su padre, me propuso ir con ellos, con el aliciente habitual entre los marineros, esto es, que no me costaría nada el pasaje. Sin consultar a mi padre ni a mi madre, sin ni siquiera decirles una palabra, sin pedir la bendición de Dios ni la de mi padre, sin



pararme a considerar las circunstancias o las consecuencias, en mala hora, Dios lo sabe, el 1 de septiembre de 1651 me embarqué con destino a Londres. Nunca, pienso yo, las desgracias de un joven aventurero comenzaron antes ni duraron tanto como las mías. Apenas había salido el barco del Humber⁴, cuando empezó a soplar el viento y las olas a elevarse de forma espantosa; y como yo no había estado nunca antes en el mar, mi cuerpo se mareó de una manera indescriptible y mi mente se aterrorizó. Empecé entonces a reflexionar sobre lo que había hecho y con qué justicia el juicio del cielo había caído sobre mí por la maldad de haber abandonado la casa de mi padre y mis obligaciones. Hice muchas promesas de que, si Dios quisiese perdonarme la vida en este viaje, me iría directamente a casa con mi padre y nunca pisaría un barco mientras viviese.

Estos sabios y prudentes pensamientos continuaron mientras duró la tormenta, e incluso un poco después. Pero cuando el mar volvió a la calma, olvidé completamente las promesas que había hecho en mi desesperación. Desde luego, en algunos intervalos de reflexión, los pensamientos sensatos conseguían, por decirlo así, regresar algunas veces, pero me apartaba de ellos como si fueran una enfermedad. Poco a poco fui dominando aquellos momentos en los que me sentía tan mal, y en cinco o seis días obtuve una completa victoria sobre mi conciencia. Pero todavía tenía que pasar otra prueba.

El sexto día de nuestra estancia en el mar nos vimos obligados a fondear en la bahía de Yarmouth⁵, pues el viento era contrario. A la mañana del octavo día, este aumentó y entonces sí

⁴ *Humber*: estuario formado por el río Ouse y el río Trent, en el mar del Norte, en el que se encuentra el puerto de Hull.

⁵ *Yarmouth*: la bahía de Yarmouth está situada en la costa este de Inglaterra, cerca de Norwich.

que se desencadenó una verdadera tormenta y empecé a ver el terror y el espanto en la cara de los propios marineros y pude oír cómo el capitán se decía a sí mismo en voz baja «Señor, ten piedad de nosotros, vamos a morir todos», y cosas así. Salí del camarote y vi cómo las olas, altas como montañas, caían sobre nosotros cada tres o cuatro minutos. Los hombres gritaban que un barco que navegaba a una milla⁶ por delante de nosotros estaba hundiéndose; otros dos estaban siendo arrastrados hacia el mar a su suerte, sin un solo mástil en pie. El nuestro era un buen barco, pero llevaba mucha carga y se bamboleaba en el mar, así que los marineros, de vez en cuando, gritaban que se hundiría. En mitad de la noche, uno de los hombres que había bajado para echar un vistazo gritó que el barco había empezado a hacer agua; y otro dijo que había cuatro pies⁷ de agua en la bodega. Un barco ligero que estaba justo delante de nosotros se atrevió a lanzar un bote para ayudarnos. Nuestros hombres lanzaron una cuerda que los del bote consiguieron agarrar con gran esfuerzo y todos logramos saltar sobre él. Ni para ellos ni para nosotros tenía sentido ya intentar alcanzar su barco, así que estuvimos de acuerdo en dejar el bote a la deriva y solo dirigirlo en la medida de lo posible hacia la orilla.

No había pasado mucho más de un cuarto de hora desde que dejamos el barco cuando lo vimos hundirse. Mientras, cuando el bote se elevaba sobre las olas, pudimos observar que muchas personas corrían a lo largo de la orilla para ayudarnos cuando nos acercáramos, pero no pudimos alcanzar la costa hasta que pasamos el faro de Winterton⁸. Después, fuimos a pie hasta Yarmouth, donde nos trataron con gran humanidad.

⁶ *Milla*: a milla náutica es una unidad de longitud equivalente a 1 852 metros.

⁷ *Pie*: unidad de longitud equivalente a 30,48 centímetros.

⁸ *Winterton*: cabo en la costa este de Inglaterra, al norte de Yarmouth.



Mi compañero, el hijo del capitán, con aspecto melancólico y sacudiendo la cabeza, me preguntó cómo estaba cuando nos volvimos a ver y le contó a su padre quién era yo y que había emprendido este viaje de prueba para hacer otros a tierras más lejanas.

—Muchacho —me dijo— no deberías hacerte a la mar nunca más; deberías tomar esto como una señal evidente de que no estás destinado a ser un hombre de mar.

Me aconsejó volver a casa de mi padre y no tentar de nuevo a la providencia. Yo decidí viajar a Londres por tierra, pues tenía algo de dinero; y allí, igual que durante el camino, debatí conmigo mismo qué camino debería seguir en mi vida y si debía volver a casa o hacerme a la mar. En cuanto a volver a casa, inmediatamente pensé en cómo se burlarían de mí los vecinos y cómo me avergonzaría de volver a ver, no solo a mi padre y a mi madre, sino también a cualquier otra persona. Conforme pasaba el tiempo, el recuerdo del peligro en que había estado iba desapareciendo y seguía reacio a volver a casa, hasta que finalmente aparté esos pensamientos y comencé a buscar un nuevo viaje.